

Solo de palabras: un texto no confiable

Por Miguel Donoso Pareja

Revista *Cuadernos* (Guayaquil) 15 (septiembre 1989): 29 – 30.

En uno de los cinco cuentos que conforman este volumen, concretamente en “Con un pequeña ayuda de mi amigos”, el narrador protagonista dice algo que es, el mismo tiempo, una propuesta de lectura y de escritura, ambos conceptos inscritos en la idea del texto “no confiable”. Pero leamos lo que señala el personaje de Raúl Vallejo: “Cada vez que digo estoy convencido de, o seguramente esto pasó, o discutirían así, me doy cuenta de mi propio ardid y es una prueba de que no quiero enfrentarme con la verdad sino fabricarla, pero ocupar cada página en blanco es una forma de ir resolviendo mi duda. Por eso sigo adelante, por eso quiero suponer que los hechos sucedieron así.”

En definitiva, el párrafo nos plantea que no se trata de proponer y que sea aceptada una verdad sino de fabricar una verdad supuesta, ya que, para resolver su duda de protagonista continúa en el entendido de que su deseo es “suponer que los hechos sucedieron así”. En otras palabras, expresadas por Shlomith Rimmon-Kenan, en 1977, “Tanto la reticencia como la disimulación confiere a la narración una condición ambigua, entendiendo por tal una estructura narrativa que permite la posibilidad de una doble lectura, de formular dos hipótesis de lectura igualmente válidas y coherentes, pero mutuamente excluyentes, debido a la indefinición de la historia narrada”.

Este tesitura, se presenta, según Juan Carlos Lértora, como una de las características de la organización discursiva de la literatura latinoamericana contemporánea —no la única, por supuesto—, y es claramente visible en por lo menos dos de los cuentos que integran *Solo de palabras*: “Los borradores de Adriana Piel” y “Con una pequeña ayuda de mis amigos”, posiblemente en un tercero: “Una experiencia de santidad”. Esta doble lectura (que podría ser triple, o cuádruple) no existe, en cambio, en el título, ya que *Solo de palabras* es lo que es: “un solo de palabras”, como podría decirse “un solo de guitarra” o un “solo de piano”. Otra lectura sería factible únicamente si solo estuviera acentuado gráficamente y se convirtiera en título, así en *Solamente de palabras*. Pero si fuera así, sucedería la negación a la inversa.

Pese a lo dicho hasta aquí, cabe una aclaración adicional para establecer la diferencia entre un discurso ambiguo —que es el que utiliza Raúl Vallejo en los textos que he mencionado— y uno polisémico. Recorro en éste punto a Renato Prada Oropeza, lingüista por la Universidad de Lovaina y Filósofo por la de Roma, quien señala que “un discurso o una enunciado es ambiguo cuando postula dos o más sentidos vigentes al mismo tiempo y en el mismo contexto; mientras que un discurso es polisémico cuando es susceptible de varias interpretaciones, cada una de ella coherente y sostenida en una base interpretativa que el discurso proporciona».

Prada añade que “en general, las obras literarias suelen ser polémicas” y que, “en cambio, muy pocas obras literarias se quieren ambiguas; es decir, postulan intencionalmente dos o más valores semánticos (...), valores entre los cuales el lector no sabe qué hacer, sobre cuál de ellos decidirse como el verdadero”.

En “Los borradores de Adriana Piel” encontramos, sin duda, este intento de

producir propositivamente un discurso ambiguo a partir de dos sentidos “vigentes en el mismo tiempo y en el mismo contexto”, el del hombre, C, quien subraya: “El que escribe la historia soy yo” y agrega: “Es la memoria de mi soledad. Tú eres un pretexto”: y el de la mujer, AP, quien, es ese dúo que formula “dos hipótesis de lectura igualmente válidas y coherentes pero mutuamente excluyentes, debido a la indefinición de la historia narrada”, replica: “hagamos aquí un punto aparte. A partir de ese momento seré yo quien cuente la historia”. En última instancia, el lector de “Adriana Piel” no sabrá sobre cuál de los dos valores semánticos decidirse como el verdadero.

“Con una pequeña ayuda de mis amigos” insiste en una ambigüedad propositiva de la narración donde el referente real —cercano o lejano— nada tiene que ver con un discurso en cuya *veredicción* se niega el cotejo del texto con referencias externas, como señala Greimas, sino que se instala en el propio discurso cuya función no es decir la verdad sino lo que parece verdad. El propio narrador protagonista del cuento lo dice: “sus cuerpos que ahora yacen desangrándose, respondiendo con exactitud a todas sus dudas”, y se pregunta: “La mía, ¿será disipada regresando al principio de estas que fueron páginas en blanco y volviendo a escribirlo todo de nuevo, de manera diferente...?”

Una vez más, pues, el lector de Raúl Vallejo no sabrá cuál de los valores semánticos decidirse como el verdadero.

El tercer texto, “Una experiencia de santidad”, muestra menos nítidamente su estructura ambigua, está mayormente encubierto. A la pregunta: “¿Cuál ha de ser el camino a la santidad?”, se responde con dos sentidos no resueltos y vigentes en la estructura discursiva: la tiniebla y la luz. Y, dentro de esto, con nuevas preguntas: “Si no había que saber más de lo prudente y aun eso con moderación, ¿qué era realmente lo que se podía saber? ¿Quién cerraba el límite de la prudencia? ¿Quiénes lo transgredían? Si el saber era oscuro, la ignorancia tenía que ser la luz. Si lo oscuro es siempre la muerte y al luz siempre la vida, la sabiduría tendría necesariamente que ser nefasta”. Y con respuestas que refuerzan la ambigüedad: “Entiendo tus demonios y todo es culpa de Pedro Abelardo. Él decía que hay que entender para creer y desde entonces llenó de dudas las almas sencillas y alimentó el espíritu de los orgullosos. Yo, que me he enredado en las trampas de la inteligencia, te digo, hijo mío, que nada hay más hermoso que repetir como Tertuliano, el cartaginés: creo porque es absurdo”.

Tampoco, en este caso, podrá el lector decidirse por un sentido con el verdadero.

Los dos restantes textos del volumen “Apocalípticos de parque” y “Beatriz huele a café” tienen menos ambición pero no menos calidad que los comentados. Con una estructura más simple —polisémicos— sin embargo, se insertan en el libro sin quitarle unidad, con iguales virtudes a nivel de piel y plausibles resonancias en sus bloques sémicos profundos.

En general, puedo añadir que *Solo de palabras* es un buen libro de cuentos, y la afirmación de un escritor que trabaja con seriedad, con rigor, dentro de estas gentes que en los días actuales están haciendo una narrativa muy respetable, entre los que es necesario mencionar a Allan Coronel, Byron Rodríguez, Gustavo Garzón, Alfredo Noriega, Rubén Darío Buitrón, en Quito; Gilda Holst, Liliana Miraglia, Livina Santos y Marcela Veintimilla, en Guayaquil, cuyos libros están próximos a salir con el sello editorial del Núcleo del Guayas de la CCE; y Franklin Briones, en Manta.